

¿Es necesaria la crítica periódica hoy?

Ismael Bermúdez



Enlazando con el anterior artículo aparecido en esta revista, en el que hablábamos de un nuevo tipo de best-sellers, la respuesta parece bien clara, sobre todo si tenemos en cuenta la perversión que subyace detrás de muchos de los lanzamientos, no sólo «literarios», del panorama actual. Sin embargo, cuántas veces se han oído voces, incluso de los propios escritores, atacándola y desprestigiándola por viciada y servil. ¿Qué hay, entonces, detrás de todas estas opiniones?

La crítica, tal como hoy la conocemos, es relativamente reciente su nacimiento. Se remonta principalmente al Siglo de las Luces, con su afán racionalista y científico (y la Enciclopedia como manifiesto más representativo). Comienza como una rama del incipiente género ensayístico, apoyada por el despertar de los primeros periódicos que aún se realizan de forma artesanal. La finalidad de estos primeros periódicos es didáctica, cumpliendo una función esencial en una sociedad que aún posee un alto índice de analfabetismo. En este contexto, los comentarios sobre las obras de teatro o las novedades editoriales se

entienden como un servicio necesario (de carácter científico), y los que llevan a cabo dichos comentarios pertenecen al ámbito de las universidades y la crítica académica.

La situación cambiará radicalmente en el siglo XIX y sobre todo en el pasado siglo XX. La revolución industrial, y sus adelantos técnicos, posibilita la aparición de los primeros periódicos diarios, que ya no son artesanales, y la disminución de las distancias, tanto para la recepción de noticias a una velocidad casi instantánea como para la distribución de estas mismas noticias a lugares antes insospechados. Esta nueva realidad facilita la creación de las primeras agencias de la información y un mercado masivo al que atender. En definitiva, comienza a fraguarse lo que se ha llamado el «cuarto poder» y su enorme influencia en las posiciones que un grupo social asume y exige.

La crítica periodística tiene que adaptarse, puesto que su función primera, didáctica, interesa menos. La prensa que la acoge aspira a convertirse en modeladora de las características sociales, y, en este sentido, la crítica se va convirtiendo poco a poco en creadora de tendencias y movimientos según interesa. Hasta el punto de

que aquello que bendice es lo que la gente consume. Es lo oficial, lo que existe.

Esta es la tónica general que predomina en el siglo XX, sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial. Las editoriales se convierten en grupos mediáticos fusionando sus intereses con otras empresas, primero en vertical (fábricas de papel, imprentas y distribuidoras) y posteriormente en horizontal (televisiones, radio, periódicos, agencias de noticias e incluso empresas de sectores diferentes a la comunicación). El resultado es una transformación radical del panorama de la comunicación, surgiendo los poderosos grupos mediáticos que dominan todo el proceso del libro, que, no olvidemos, transmite una visión del mundo y por tanto una ideología.

En España podríamos dar los ejemplos del Grupo Prisa (Santillana, Alfaguara, Taurus, Aguilar...; El País; Canal +; Canal Satélite Digital; Cadena Ser) o el Grupo Planeta (editoriales como Planeta, Seix Barral, Espasa...; Antena 3; La Razón; Onda Cero). En una sociedad de consumo y del bienestar lo importante ya no es la ética, la cultura (humanística o científica) o la ideología, sino la economía y su escudero, los avances técnicos. Así las cosas, lo im-

portante no es la calidad sino la cantidad, y los grandes grupos se encargan de transmitirlo a través de sus medios y también, por supuesto, de sus críticos. Luego es lógico que algunas voces arremetan duramente contra este tipo de crítica adocenada.

¿Es necesaria la crítica periódica hoy? Más que nunca. Ahora bien, ¿qué tipo de crítica? La respuesta es obvia: honesta e independiente. Es decir, que no se pliegue a los intereses espurios y que asuma su función mediadora en un momento en el que se publican, por ejemplo en España, sesenta mil libros al año, de los cuales más de la mitad son novedades. De este modo, los lectores podrían orientarse adecuadamente, las editoriales se verían obligadas a replantearse su política de publicaciones y la cultura dejaría de ser otra transacción económica más.

El problema radica en la situación actual del crítico profesional. A diferencia del escritor o el editor, el crítico no posee un estatuto laboral al que acogerse. En la mayoría de los casos, su labor mediadora tiene que ser compaginada con otras profesiones para poder mantenerse económicamente, lo que la convierte en una ocupación secundaria, cuando en realidad, la lectura y comentario de un libro

requiere una dedicación exclusiva. Sin embargo, muy pocos son los críticos con un trabajo exclusivo, y de éstos, menos aún los que llevan a cabo su tarea con la necesaria independencia, ya que son los grandes periódicos, que pertenecen a grupos mediáticos con intereses en el sector editorial, quienes los contratan. Así, se aseguran de que los nombres de prestigio, dentro de este campo, se someterán a sus dictados.



El panorama no es nada halagüeño, pero la realidad es que una sociedad tecnificada, desideologizada y mercantilizada ofrece pocas alternativas a aquellos productos y actividades que no revierten en el desarrollo del mercado y, por supuesto, del bienestar común (sea cual sea). Para acceder a una crítica medianamente seria, tenemos que acudir a algunos medios que subsisten gracias al altruismo de sus fundadores y

directores, y al trabajo desinteresado de sus colaboradores, que realizan las críticas, en muchas ocasiones, sólo por el hecho de que pueden expresar lo que realmente piensan acerca de un libro y no porque reciban una compensación económica.

Ya dijo George Steiner que la crítica es una deuda de amor entre un lector especializado y un gran creador. Hoy, en cambio, una mayoría de la crítica más reconocida y presente en los medios es una deuda interesada, que se paga en euros y notoriedad. ■